

No le pongas mi nombre para que no sea como yo

Jesús Vicente García

EN LOS CALDOS DE GALLINA *MI JACALITO* —calle Ayuntamiento, enfrente de la XEW—, Basilio, exasperado hasta la médula, cuestiona las letras de las canciones de los años setenta: Leonardo Favio, Palito Ortega, Los Yonics, Los Ángeles Negros, Los Pasteles Verdes, Los Baby's, Los Terrícolas, (éstos unos venezolanos que pegaron con tubo).

Resulta que Vera, su mamá, tuvo un reencuentro con amigos de la secundaria, reventón al que Basilio asistió casi al final, antes fue con Beatriz al teatro y a su regreso encontró a algunos borrachos cuarentones nostálgicos que escuchaban canciones de los grupos mencionados. Unos decían que en su momento no les gustaba nada, pero que al paso de los años le fueron agarrando cariño, esa música los conformó, y aunque no todas eran de su época, las escuchaban. Siempre hubo una hermana mayor enamorada y una mamá que tenía su radio de una perilla en la cocina, en la sala, en el lavadero, lo cargaban y sintonizaban Radio Mil, Radio Centro, Radio Felicidad, Radio Variedades, con programas como *Mortales y actuales*, *Viejitas pero bonitas*, *La hora de las complacencias*, y el locutor decía quién cantaba, quién componía, de qué año, dedicada a equis persona, o tomaban en cuenta la opinión de la gente



Ilustraciones de Beatriz G. de Velasco

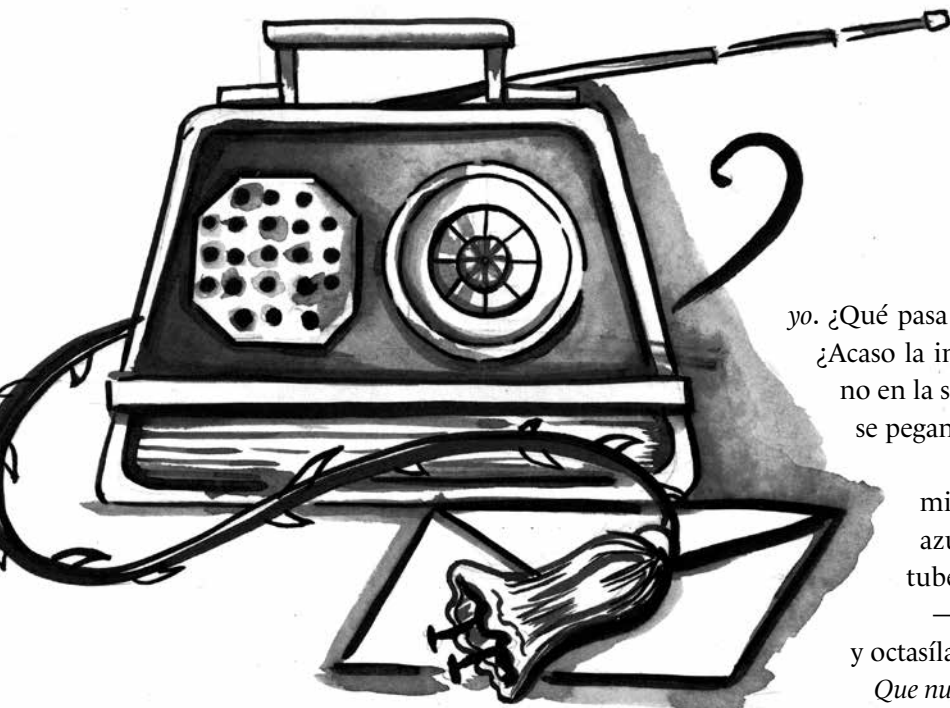
que llamaba por teléfono. Esa bocina y ese cable en espiral permitía soñar con la voz del locutor, que cuando nos hablaba directamente era como romper la barrera del espacio para trasladarse al de la ficción, porque uno no se la creía, era demasiada realidad, nos preguntaba nuestro nombre y nos hablaba con familiaridad: “Vera, amiga, ¿a quién le dedicas esa hermosa canción que pediste?”, y ella, con el corazón emocionado, la mano sudada y la sonrisa impregnada de nervios: “Para Luis Manuel, que está ahorita trabajando”. “Para Luis, muy bien, amiga Vera. ¿Se puede saber en qué trabaja Luis y qué es de ti, tienen alguna relación o es sólo tu amigo?”. “Bueno, sí, claro, es... eh... él trabaja en una empresa en donde venden instrumentos musicales, en el centro. Es mi novio, bueno, apenas tenemos una semana y pues ayer no me llamó por teléfono y lo extraño... ay, señor locutor, lo que me hace decir”. “Muy bien, para ti, Luis Manuel, de parte de Vera, a quien ya escuchaste, una llamadita la haría muy feliz —y quién no quiere ver feliz a su novia—, va esta romántica canción de Palito Ortega, ¿*Qué vas a hacer esta noche?*, y para los amigos de la Anáhuac, los trabajadores de la construcción que están ahorita en la San Simón, las hermosas chicas del salón de belleza “Ángela” en la Artes Gráficas, para los estudiantes de la Narvarte, y para las jóvenes de la secundaria 82, en la Obrera, el tercero F, dedicada también...”, y la voz de Vera en segundo plano diciendo gracias.

El mesero chaparrín del *Jacalito* nos pregunta qué queremos, le decimos que dos caldos solos. “Va, ya dijiste, de una vez, de una vez, salen dos caldos solos como yo”, y limpia por segunda vez la mesa. “¿Algo de tomar?”. Pedimos dos aguas minerales. “De una vez”, y en un dos por tres, ya están los refrescos en la mesa. De inmediato nos llegan los caldos. Basilio ve en la otra mesa un succulento plato de arroz con pollo y mole, se los saborea como gato ante unos hígados. Pide una pierna con mole y arroz. “De una vez. Compa, échame una

pierna con mole y arroz”. “¿La derecha o la izquierda?”, responde el cocinero. “La derecha, de una vez”. Se me antoja lo mismo y le pido que me dé la izquierda. “Va, de una vez. Córreme la izquierda igual, compa, pero ya, antes de que corran”. Mesa servida.

El metrobús pasa delante del *Jacalito*. Enfrente vemos la XEW olvidada, casi perdida entre las tiendas de accesorios para baño y cocina, mingitorios, tazas, lavabos, regaderas, tarjas, jacuzzi, tinas, como si el tiempo se hubiese encargado de darle más importancia al comercio que al arte; pobre de la W, sola cual muñeca fea, a la que seguramente fueron a cantar los Baby’s, Los Pasteles Verdes, Los Ángeles Negros y Los Terrícolas. “Tienen unas letras muy jaladas de los pelos”, agrega Basilio de Los Terrícolas, en tanto que le sopla al mole para que se enfríe un poquito, que parece de fiesta, de boda. ¿Has escuchado esa de *Una carta?* Me suena, a ver, cántala. No seas payaso, si apenas la escuché el sábado, así que le pregunté al señor Google si sabía la letra y mira, aquí la traigo. Saca un papel impreso, empiezo a leerla. Escucho al maestro en su crítica.

—La historia es sencilla. Son dos los personajes, Néstor y Lenis. Él le escribe una carta, está solo, distanciado de sus amigos, con el humo por testigo. Le pide perdón por si la ofende al escribirle, como si escribir fuera un acto ofensivo. Después le señala que está triste por lo que anoche pasó, que está arrepentido, y que por si acaso ella también lo está, le pide que ya no llore, que debe ser valiente por si Dios le manda un hijo. ¿Captas, Flaco? Qué onda con Néstor. Eso indica que anoche tuvieron coito, de otra manera cómo le va a mandar un hijo. Y si hubo sexo anoche, ¿por qué está triste y arrepentido?, por un lado; por el otro, se refiere a un hijo de ella, no de los dos. No dice “nuestro hijo”. Néstor es un hijo de perra. No es capaz de asumir una responsabilidad. Luego, lo que viene es un verdadero desconocimiento de la herencia: *Por lo más grande te exijo/ que no le pongas mi nombre/ para que no sea como*



yo. ¿Qué pasa en estos octasílabos que escupe Néstor?
¿Acaso la información del ADN está en el nombre y
no en la sangre? ¿Quién le dijo que con el nombre
se pegan las malas artes?

Basilio bebe un trago largo de agua mineral, le lloran sus ojitos, se quita la gorra azul de Converse. Se echa aire. Tose como tuberculoso. Continúa:

—Luego los imperativos, en heptasílabos y octasílabos, lee el último párrafo, Pame, porfis.

*Que nunca pruebe licor./ que nunca sufra una pena/
y que nunca se enamore/de las mujeres ajenas./ Que nunca
sienta rencor/ que a mí me corre en las venas./ porque es triste
soportar/ esta terrible condena.*

Bien que me acuerdo de esta canción que está haciendo pedazos el maestro Basilio, y que tiene razón, no la había analizado en mi vida, es más, me daba igual; cuántos alcoholes me tomé con este fondo musical en tiempos preparatorianos.

—Primer elemento nocivo —continúa el licenciado Basilio—: el alcohol. Néstor es un borracho, por eso le pide que no beba su retoño, porque el licor sólo da penas. Segundo: el amor. Enamorarse es malo, pero de las mujeres ajenas. ¿Entonces Lenis era ajena? ¿Casada, pedida, con novio, a punto de irse al altar, de ser monja, en concubinato? ¿Por qué era ajena? Si así fuese, Néstor ya lo sabría, ¿o no? ¿O era la ex novia quien lo recibió con derechos en el arte amatorio? Si fuese el caso, por qué sufre Néstor. Luego, si ayer tuvieron relaciones, ¿cómo sabe que ya embarazó a Lenis? ¿A poco muy atrapa óvulos el Néstor, que donde pone el ojo pone el niño? Y ella que tampoco se cuidó, no exigió condón. Ya sé, ya sé, no me veas así, era en los setenta, de todos modos, si no quieres embarazarse a alguien, haces algo; si sabes que es ajena, no inviertes corazón ni la embarazas. ¿O fue a propósito?

—Recuerda que está arrepentido. Es posible que lo haya hecho bajo los influjos del alcohol. Es el amor hiperbolizado.

—Oquéi. Pero ¿y ella? ¿O ambos estaban borrachos? Luego el rencor que le corre en las venas. ¿De qué? ¿Porque no le pertenece Lenis? En síntesis: Néstor está triste y arrepentido, porque tuvieron sexo anoche, y es tan eficaz que sabe que la embarazó. El hijo será de ella, no de él. A él le importa un rábano el hijo. Nacerá, es un hecho, tanto que se da el lujo de dar instrucciones: que no le ponga su nombre para que no sea como él, que no beba y que no se enamore de las mujeres ajenas, *porque es triste soportar esta terrible condena*. ¿Condena a qué? Entonces, no nombre, no beber, no amar, no mujeres. ¿Qué quiere de hijo, una piedra? Está creando al hombre inútil del siglo XXI.

—Néstor está condenado a estar solo, como el padre de Melibea que al final se queda sin nada. Puede ser símbolo del hombre moderno. A Néstor se le viene encima la realidad, no puede con ella, le pesa, tiene que culpar a Lenis. Su hijo es símbolo de la irresponsabilidad, de la ignorancia, del amor prohibido. Ahora, cuando dice *lo que anoche pasó*, puede ser que en lugar de sexo hayan platicado.

—Entonces no diría lo que anoche pasó; platicar no es un “pasar algo”, no es un “hacer”, sino un “decir”, de manera que está conectado con que si Dios te manda un hijo, cual metafórica cigüeña, es que estamos hablando de coito, relación óvulo-esperma, hombre-mujer, Lenis-Néstor, cama-hotel.

Las nuevas generaciones analizan a las anteriores. Basilio continúa hablando de aquella reunión de rucos de más de cuarenta, me pregunta por qué no fui, que si acaso no me invitó Vera. “Ella y yo festejamos a solas”, me hace señas obscenas en la mesa. El mesero lo ve y lo alburea, a lo que Basilio se queda callado y sonrío y me dice “Míralo, ¿eh?” “Por menso, le respondo”. Muestro el cobre y albureo al mesero que conozco desde hace años, y sonrío con su diente de plata: “Perdí el albur, pero no la dignidad, ¿que no, mi compa? Porque en albures me la ganas, pero al burro se la...”. Salimos de *Mi Jacalito*. Es sábado, dos de la tarde, yo debo entrar a trabajar en dos horas, así que da tiempo de tomarnos un café y discutir esas letras, que bien mirado, habría que analizar, hacerlas trizas, hacerlas que chillen, como decía Paz.

En la noche llego a casa y busco en la web esas canciones y me la paso tarareando, cantando, analizando los setenta mediante sus canciones. El señor Google me permite ver y escuchar eso de *No le pongas mi nombre para que no sea como yo...* porque si así fuese, me hubieran puesto Chubby Checker o Miguel de Cervantes, o Italo Calvino, o Joan Sebastian Bach, o Jim Morrison... Me desvelo oyendo las letras, las diversas voces, y recuerdo mi niñez, pubertad, juventud, cuando en la radio el locutor nos decía quién cantaba y componía, sin imagen, puro oído, y mi hermana ponía Radio Mil y cantaba esas rolas y yo diciendo que le cambiara, y qué bueno que no lo hizo, porque igual que los amigos de Vera, eso me conformó. Y no me importa que

Néstor no crea que la herencia se da con la palabra, con el nombre, sino con el ADN, lo cual lo hace aún más literario, retoma el género epistolar, pues aunque Basilio vomite esas canciones, yo no puedo hacerlo, es mi bagaje, mi pasado, mi ADN literario, la palabra es como un dios, las palabras heredan información, los nombres. Yo soy Pamelito y como tal heredaré lo pamelesco para que alguien sea como yo. **▲▲**

